

EL ESPÍRITU,

Semanario científico-literario.

PRECIOS.

En Madrid, un mes. 4 rs.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 id.

Este periódico se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.
Se suscribe en las librerías de CUESTA, viuda de VAZQUEZ
y BAILLY-BAILLIERE.

REDACCION.

Plazuela de San Miguel, número 8, cuarto principal.

SUMARIO.

Continuacion de PONCE DE LEON, por D. A. Rodriguez Villa.—EL ESPEJO, por D. Emilio Nieto.—INSPIRACIONES DE LA BIBLIA, por D. M. Catalina.—LA VIRGEN DE LOS AMORES, por Don Emilio Nieto.—ALINA, por D. Valentin Torrecilla.—AMOR, por D. A. de Q. y G.—LLANTO Y RISA, por D. Pedro Avial.—REVISTA DE TEATROS, por D. Manuel de la Revilla.

DOÑ RODRIGO PONCE DE LEON, MARQUÉS DE CADIZ.

(Continuación).

Apenas se cree con fuerzas para sobrellevar el enorme peso de la brillante armadura; apenas sabe manejar con notable ventaja toda clase de armas; apenas cumple los diez y siete años, ya anhela distinguirse en el combate; arde en su pecho la llama del entusiasmo y del amor á lo noble y heroico, que tantas y tan distinguidas victorias ha de alcanzar á su patria. Ya por fin se le van á cumplir sus deseos.

El fiero Muley Hacen, rey de Granada con dos mil quinientos caballos y quince mil peones entra en 1460 por Estepa y llega hasta Écija, talando los campos, cogiendo los ganados y cautivando cuanta gente halla al paso. Estaba á la sazón el marqués de Cadiz en Marchena, y apenas tuvo noticia de ello, cuando uniéndose á Luis de Pernia, alcaide de Osuna, y juntando doscientos setenta caballos y seiscientos infantes, sale al encuentro de los moros; alcanzólos en la atalaya de Madroño, y como á Luis de Pernia vista la muchedumbre de ellos no le pareciese conveniente acometer, instándole don Rodrigo, porque no se desaprovechase aquella ocasion, le dijo á este, que tal determinacion era de mozo, á lo que contestó

don Rodrigo: *Padre, aunque no tengo barbas, tengo ánimo*, y acometió con tanto denuedo, que fueron los moros completamente derrotados, dejando en su poder muchos caballos y cautivos.

Un suceso particular ocurrió en esta batalla que es digno de mencionarse (1). Rompiósele á don Rodrigo la correa donde traía colgada la adarga y se apeó para alcanzarla; mas viéndole á pie cargaron sobre él muchos moros; no por eso huye nuestro héroe, antes bien dió tan buena cuenta de ellos que mató algunos, é hizo retirar á los demas. Tomo á un moro una honda y tres piedras que traía en la mano y con ellas tiró á los que venian sobre él, haciéndoles huir y dándole lugar para montar á caballo: por el buen suceso de esta batalla el rey don Enrique le concedió 30,000 maravedises de juro (2).

Apaciguadas por la reina Isabel las antiguas discordias y enemistades entre el marqués de Cadiz, como representante de la casa de Arcos y el duque de Medina Sidonia, como representante de la de Niebla, fué de aquí en adelante Rodrigo Ponce de Leon el noble mas adicto á sus Monarcas, así como el mas apreciado de ellos, y como desease probar su valor y fidelidad á los Reyes y castigar á los moros que á menudo entraban en sus tierras á sangre y fuego, la sorpresa de Zahara por Muley Hacen le proporcionó lo uno y lo otro.

La prontitud y la prevision que el Marqués desplegaba en la guerra, le producian siempre los mejores resultados.

(1) Salazar de Mendoza.

(2) Dice el privilegio: «Porque imitando vos al Santo Rey David con honda y piedras desviastes los moros, etc.»

¿Cómo enumerar una por una todas las batallas que ganó, las numerosas entradas que hizo por tierra de moros, llevando en pos de sí la desolación y el estrago, los castillos, villas y ciudades con que ensanchó los dominios de sus Reyes y aniquiló á los moros? La relación de todos estos memorables hechos de armas sería mas bien objeto de un voluminoso libro, que de los estrechos límites que nos hemos propuesto.

¡Con qué prontitud y destreza prepara el asalto de Alhama! ¡con qué valor y acierto la defiende de las enfurecidas tropas del rey de Granada!

Donde quiera amenace el peligro, donde quiera alcance á salvar la vida de un guerrero español, allí teneis exhortando con palabras llenas de entusiasmo, animándolos con su ejemplo.

Los moros han torcido la corriente del río, tinto en sangre, para rendir á los cristianos por falta de agua. Ya no queda á estos mas que un hilo de ella. El marqués de Cadiz, mojándose hasta las rodillas, y peleando como el primer soldado, logra ahuyentarlos y dar tiempo para que vengan nuevas tropas de las ciudades inmediatas.

El duque de Medina Sidonia con una generosidad que le honra sobremedida, olvidando los odios hereditarios que entre ellos mediaban, acude presuroso á socorrer al valeroso Ponce de Leon. Á la llegada de sus huestes huyen llenas de espanto las tropas del rey de Granada, y Alhama y sus denonados defensores se salvan.

¡Llor á la virtud caballeresca de don Enrique de Guzman! Desde hoy los dos mas poderosos señores de Andalucía tan famosos por sus riquezas como por su valor, serán dos afectuosos amigos, prontos siempre á ayudarse mutuamente. Abrázanse los dos caudillos á la vista de sus ejércitos.—Bien me parece, Duque, dice el Marqués, que mi honra fuera guardada en las diferencias pasadas, si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues me habeis librado de las ajenas. Respondióle el Duque.—Señor Marqués, amistad ni

enemistad no ha de ser bastante para que yo deje de servir á Dios y hacer lo que debo á mi honra.

¡Así hablan dos corazones nobles y generosos!

A. RODRIGUEZ VILLA.

EL ESPEJO.

Lectoras, á vosotras me dirijo, porque es justo tambien satisfaceros, porque estoy seguro de que al encontrar en la primera hoja de este periódico un artículo tan sério, tan razonado, tan tranquilo, habreis pasado sobre todas y cada una de sus líneas vuestros curiosos ojos con una rápida ojeada, como la mariposa que desdeña los árboles frondosos y busca una flor modesta que sea débil, que se agoste al sol, pero que simpatice con su tenuidad, con su belleza efímera, que tenga la condicion del soplo: sí, á vosotras me dirijo, no solo porque es justo que se os presente la flor, aunque marchita, aunque insignificante, aunque desprovista de hermosura, sino (os lo confieso, y es un pecado de que estoy seguro de que me absolvereis) porque me place mucho mas que mi pobre artículo tenga delante una boquita rosada que sonrie, que unos largos bigotes que se atusan.

He dicho que os queria hablar, y tenia pensado muchas cosas que deciros; pero ahora recuerdo que es demasiada mi ambición, que me voy á poner en ridículo, que me vais á leer y os vais á reir de mis consejos, y vais á arrojar al periódico sobre la mesa, y querreis hacer lo diametralmente opuesto de lo que os proponga.

Y en fin, pensar que yo, porque mi artículo es mi persona, dado que no sé mentir, que no hago mas que traducirme en mis obras, digo que pensar que este mi yo de letras impresas se ha de ver á una misma hora sujeto á la influencia de tantos lindos ojos, es cosa de volverse loco: pensar que sentadas con abandono en un divan, en simpático negligé, con el pelo tendido, habreis de devorarme con vuestra mirada lánguida ó expresiva para identificaros con mis ideas, para formar un juicio irremisible de su autor; pensar esto basta para hacer temblar al corazón humano mas despreocupado é indiferente.

Sí: todo cuanto os diga será indigno de vosotras, una insensatez, una locura, á no ser que os llamara bonitas, soberanamente bonitas, lo cual no podreis menos de reconocer como verdadero en primer lugar, porque sabeis que es cierto, y en segundo, porque aunque lo negá-

rais nadie habrá de cometer la herejía de creerlos.

Pero ahora recuerdo que os habrán llamado hermosas tantas personas, estareis tan convencidas de ello, que las palabras de un pobre escritor que no conoceis, os serán plenamente indiferentes, os parecerán una inaguantable pesadez. Y aun así abandonareis el periódico por el tocador que os llama á su seno, si no con los brazos abiertos, con los frascos llenos de perfumes, y sirviendo de digno trono, á ese pícaro plagario de tanto cuanto vé, á ese necio adulador, paladin decidido de la belleza del cuerpo; al espejo.

¡Calle! ¡buena idea! No sabia de qué hablaros: os hablaré del espejo: me ha salvado este mueble: de algo bueno habia de servir á vueltas de tanta picardía como está haciendo.

Creedme, y admirad mi osadía al atacar frente á frente á uno de los mas fuertes baluartes de la coquetería femenil, creedme, el espejo es para vosotras un amigo traidor, es hasta vuestro mayor enemigo.

Y sin embargo, vosotras idolatrais el espejo, os es tan necesario, como á la flor el rocío, como á los pulmones el aire.

¡Infelices! ¿no veis que os estais perjudicando horriblemente?

¿No me creéis? ¿os reis? Os pido únicamente que sigais leyéndome un instante: voy á ser muy breve, para que si no logro convenceros, por lo menos no os haya aburrido.

Sí: lo mismo la mujer bonita que la fea, debían odiar por su propio interés el espejo. Empecemos por la primera.

La hermosa se mira en el cristal y se ve llena de hechizos, y se encanta á sí misma y se pasa estasiada largo rato delante de su imagen; porque el espejo es uno de esos galanes callejeros que la está requebrando sin cesar. ¡Qué ojos tan lindos tengo, qué color tan sonrosado! piensa al retirarse. Y siente un deseo inmenso, devorador, de volver á mirarse aunque sea por un momento. «¿Qué voy á hacer ahora? Se dice á sí misma, ¿á coser, á leer, á pensar? ¡locura! con la costura me pincho los dedos, con la lectura me escuecen los ojos y con pensar..... con pensar, me duermo: el espejo al menos me dice que soy bonita, volvamos al espejo.» Y la niña torna á mirarse, á enorgullecerse, á sonreirse. Parece que oye de repente una voz que dice: «aun podías ser mas hermosa.» Y entonces recuerda: «Elisa tiene la frente mas blanca que yo..... pero para eso, concluye, están los vendedores de pintura. ¡Si fuese rubia como Elena!! ¿me teñiré el cabello? Oye que la murmuran en torno; ¡mas allá! ¡mas aun!» Y exclama suspirando con tris-

teza. «¡Ah! si yo fuese mas bonita todavía!» Porque el alma humana es insaciable.

Los efectos del espejo son aquí claros, ¡deplorables!

Nunca está satisfecha la mujer, destruye su frescura natural con artificios, gasta su caudal en trajes y en adornos que la aconseja al oído este ángel malo, creyéndose demasiado seductora con su cara pasa su vida contemplándose á sí misma, esclava de su corsé, de su zapato, de su peinado, va mirándose hasta en su sombra, hasta en los escaparates de las tiendas, no cuida de hermosear su alma, porque cree que el hombre se dará por satisfecho en demasía con un busto artístico, se hará coqueta, superficial, egoísta ignorante, hasta ridícula; y cuando sea esposa, no sabrá conservar el amor de su marido que la conocerá á fondo, irá en pos de dichas á los salones, á los teatros, ignorará las felicidades domésticas, como de amante ignoraba las del amor espiritual, santo, que no comprendía; y cuando sea madre, dejará abandonada su familia y colocará su espejo donde debiera estar la cuna de su hijo.

¿Os parece esto poco?

La fea tambien debe temer al espejo; al contemplarse, tiembla de dolor, se conoce á sí misma, porque la mujer como el hombre, nunca se equivocan al juzgarse con frialdad. ¡Entonces siente desgarrar su pecho el germen de una pasión detestable, repugnante; de la envidia! «¡Soy fea!» piensa con desconsuelo. Y no trata de instruirse, porque el espejo la dice: «Con esa cara ¿quién ha de apreciar tu talento? ¡Estudia, estudia, pero el mundo no te hará caso!» El odio á casi todas las mujeres, el dolor, el hastío, la rodean en cuanto se ha contemplado un rato ante ese rey de los tocadores. Él la está insultando sin cesar; «anda, rabia, le dice, que tienes las narices superlativas; ¿no habias visto hasta ahora que estás llena de pecas? pues ¡míralo! amiga, eres fea; ¡paciencia!» Y la mujer llora, se desespera, se cansa y se hace suspicaz, murmuradora, mal humorada, espera. En fin, así como á la mujer hermosa la convierte en estúpida y ambiciosa, á la fea la hace mala y desgraciada.

Decídmeme si son ó no terribles los efectos del espejo. Es, ya lo he dicho al principio, un adulador despreciable; á las hermosas, á las que valen y son admiradas por el mundo, las está constantemente sonriendo, engañando con sus zalamerías lisonjas, arrastrando por el triste camino de la coquetería; á las feas, á las que son poco, á las que el mundo no mira, las desprecia sin compasión, las vuelve la espalda, las responde con bur-las dolorosas.

Resumiendo; el espejo es para la mujer bonita un amigo calavera, que la arrastra al mal, que la ofusca el sentimiento, que la inspira la soberbia y las demas pasiones, que la hace la corte mientras dura su belleza, y que al hacerse vieja la abandona; para la fea es un enemigo que la cerca sin cesar, que la hace cuanto daño puede, que la arroja sarcasmos á la cara.

¡Niñas, maldecid conmigo el espejo! sacudid el yugo á que ha logrado someteros.

Sí; maldecidle, y mueran con él los corsés, las cocas, los miriñaques, y todos esos desgraciados inventos, que no son si no pícaros enjendros del espejo.

Hasta ahora los escritores han atacado las modas directamente; se han equivocado; para que el árbol que se seca reverdezca, es necesario cortar el tronco casi de raíz; no basta irle despojando de algunas ramas; han debido atacar el origen, la vanidad en el cuerpo de la mujer, y como atmósfera en que respira esta vanidad, como padre de las modas, al espejo.

Sí; el espejo es el ara en que la mujer inmola toda su parte moral, toda su alma, como holocausto ofrecido á Vénus, á la belleza material.

Niñas, oid mi consejo; en vez de pasar la vida ante un cristal, contempláos en él para dar á vuestro rostro un aire espresivo, delicado, natural, y en lugar de emplear despues largas horas en adornaros y en empeoraros, tratad de hermosear vuestra alma; leed, estudiad, pensad, pensad sobre todo; con la frente sepultada en vuestra mano, abandonáos un instante á la contemplación interna, presentáos á solas ante vuestro espíritu evocado, y habladle, y soñad, y sentid, y esperad. ¡Entonces vereis cómo se revela ante vosotras una luz desconocida, cómo comprendéis los misterios de un sentimiento puro y santo, cómo os reís de vuestras anteriores pequeneces despreciándolas, cómo os haceis seres superiores, cómo os acercáis á Dios!

¡Y cuánto mas vale en todos los casos una palabra tierna, una de esas palabras que se graban en la mente cuando con la antorcha del sentimiento llevamos la luz allá á las mayores sinuosidades de nuestra alma, que una de esas sonrisas estudiadas ó de esas miradas artificiales, que pone en vuestra boca ó en vuestros labios el espejo!

Perdonádme; he sido demasiado largo, lo conozco. Pensaba ocuparos solo un instante, y mi pluma se ha ido deslizando poco á poco.

¡Es tan dulce dirigiros la palabra, aunque sea sin que nos veamos, pero creyendo convenceros!

¡Es tan importante y tan verdadero lo que os he dicho!

Os lo repito para acabar; nunca sois mas her-

mosas que cuando ignorais que lo sois, cuando hablais, cuando os ruborizais, cuando sentís, sin pensar en actitudes y movimientos afectados, sin acordaros del espejo, manifestando tan solo que teneis un espíritu que alumbra vuestro ser, y un corazon que late encerrado en vuestro pecho.

EMILIO NIETO.

INSPIRACIONES DE LA BIBLIA.

LA CREACION.

DIA PRIMERO.

I.

In principio creavit Deus cælum et terram.

(GÉNESIS, cap. I, ver. 1.)

Dios era: nada mas: Él existia
Solo en la inmensidad. Inerte, frio
Sumido en las tinieblas,
Bajo su planta el caos se estendia:
Y el mundo preso estaba todavía
En las confusas nieblas
De la cárcel inmensa del vacío.

Dios era ya. Increada,
Eterna, omnipotente era su esencia.
Un mundo quiso, y á su voz sagrada
Descorriéndose el velo
Que ocultaba el misterio de la nada,
Tuvo el mundo existencia.
Fué la tierra: fué el cielo.

II.

Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi et Spiritus Dei ferebatur super aquas.

(GÉNESIS, cap. I, ver. 2.)

Nada mas: Negro manto
Sobre la haz de la tierra se estendia
Presa en el cielo aun la luz del dia;
En el silencio del secreto santo
El mundo se perdía.
Desierta, inerte, silenciosa estaba
La triste patria del linaje humano:
Ni una flor, ni una fuente,
Ni un astro, ni una luz, ni un ser viviente
Al universo ornaba:
Solo de Dios el genio prepotente
Por la tierra vagaba
Dando calor y vida
Á la obra inmensa por su voz nacida.

III.

Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta
est lux.

(GÉNESIS, cap. I, ver. 3.)

Dios quiso, y el espacio
Se vió alumbrado por ardiente hoguera
Y nubes de topacio
Inundaron la esfera
Y fué la luz: la luz cuyos fulgores
Alumbraron del mundo el nacimiento:
Luz misteriosa que en el cielo ardía.

Luz que la Providencia soberana
Puso en el firmamento
Para dar mas belleza al primer día
Luz de cuyos brillantes resplandores
No debía gozar la raza humana.

M. CATALINA.

LA VIRGEN DE LOS AMORES.

FANTASÍA

POR

EMILIO NIETO.

(CONTINUACION).

Creía verle transparente, creía penetrar en el fondo de su alma, y leer una á una todas sus apasionadas aspiraciones, oír la voz de su espíritu, que unida á la de su cuerpo, decía con dulzura: «Ven, amor mio.»

Ella temblaba de dicha; estaba próxima á desmayarse.

Y ya le veía cerca.

Ya creía oír los latidos del corazón amante que iba á posarse sobre el suyo, ya la parecía que el ósculo ardiente de dos almas iba á lanzar su sonido en el espacio, cuando sintió ruido á corto trecho, detrás de ella, ruido como de pasos.

Se levantó despavorida y miró.

Era una hoja seca, que impulsada por el viento, corrió á cobijarse debajo de su vestido.

María levanta la mano hasta su frente, y después de un suspiro prolongado, esclama con acento desgarrador:

—¡Oh yo estoy loca!

VI.

La habitación de María era blanca, sencilla, modesta, inocente como su alma. Un lecho velado por cortinas blancas, semejante á un tierno capullo, de donde salía todos los días melancólica

y bella una mariposa, una silla y una mesa con un espejo; ved todos sus muebles.

El lecho era el palacio de sus sueños.

La silla el trono de sus ilusiones.

El espejo, el símbolo de una flaqueza de la parte femenil de María, del lazo que unía la mujer con el ángel; flaqueza, innata, sin embargo en las mujeres, flaqueza que constituye quizá un nuevo pecado original.

¡Es tan agradable á la doncella verse retratada, contemplar copiadas su mirada, su sonrisa, oír destacarse del cristal una voz que murmura «eres hermosa!»

Y después, el cielo, las estrellas, el sol, los árboles, la tierra que se ostentaban mas allá de su ventana.

María pasaba hora tras hora, ya sentada en la hondonada de las perlas, ya apoyada en el dintel de esta ventana, mirando el cielo, solamente el cielo.

Y vagando entre las estrellas por tortuosos caminos, ó cerniéndose sobre una nube, ó penetrando en el disco del sol, y suspendiéndose de sus rayos, veía un algo, un espíritu, un vapor, su ilusión trasfigurada.

Y por eso su porvenir, sus recuerdos, su presente, se resumían en la bóveda celeste.

Es que la dulce niña era solo la viva encarnación de una esperanza.

Es de noche.

Ella clava los ojos con insistencia en las tinieblas, como si con los rayos de su mirada quisiera encenderlas.

Y busca como siempre.

Y sueña como nunca.

Inmóvil, con la boca entreabierta, los ojos fijos, el corazón agitado, la respiración anhelosa, destacando el suave perfil de su rostro sobre un fondo tenuemente alumbrado por la luna, de pie detrás de su ventana, parece la imagen sublime del deseo.

Está en éxtasis.

Mancebos enamorados, creedme; cuando al acercaros al ángel de vuestros amores le encontréis absorto, vagando por las sinuosidades de su espíritu, respetadle, prosternáos. Está cerca de Dios, aspira el aura de la divinidad, toca el libro del futuro con sus dedos, evoca las sombras de ayer con sus deseos.

Por fin sus labios se mueven; habla poco á poco:

—La luna brilla, todo está tranquilo, tengo padre, la dicha me llama á su seno por do quiera, el joven Ulrik pretende mi mano. Y ¿por qué me parece que estoy entre tinieblas, envuelta por el huracán? ¿por qué creo á mi padre indiferente?

¿por qué vago sola, despreciando la amistad, aborreciendo la dicha? ¿por qué huyo de Ulrik y me disgusta y me hastía? ¿por qué estoy tan triste? ¿por qué lloro tanto? ¡Dios mio! ¿qué es lo que me falta?

El veloz galopar de un caballo resonó á corto trecho.

La niña se estremeció; creyó oír la voz de su espíritu que contestaba: «quizá te falta eso.»

Se llevó la mano al pecho velozmente: su corazón se movía al compás de las pisadas. Y aguardó angustiada.

Instante supremo, indescriptible; cuando la tempestad va á empezar, una calma angustiosa la precede.

Un jinete sobre un caballo blanco apareció por fin.

Anduvo un corto trecho, y al cruzar muy cerca de la ventana, tropezó el corcel y cayó.

El jinete se bajó, miró la herida del animal y le acarició por un instante. En seguida volvió á montar y siguió su camino con rapidez.

Iluminada por la luna María, había visto al caballero, había contemplado su rostro fascinada.

Instintivamente quiso llamarle y separó sus labios; pero ni un grito, ni un suspiro, ni una sonrisa, ni una lágrima: su garganta estaba pegada, sus labios secos.

Apoyada violentamente en el dintel de la ventana, siguió su sombra, que poco á poco se fundía con las tinieblas.

Y cuando se perdió en un recodo del camino de Aurick, permaneció un instante mirando al mismo sitio, y en seguida se lanzó bruscamente al fondo de su cuarto.

Tenia miedo, frío, cansancio, cerró la ventana y entró en el lecho.

Sin embargo, sus párpados, que se juntaron, volvieron á abrirse.

(Se continuará).

A ALINA.

ROMANCE.

Siete años cumplidos son desde que, dos niños siendo, tú y yo nos vimos, hasta hoy que dos jóvenes nos vemos.
¡Qué hermosos y dulces son los recuerdos de aquel tiempo! Recuerdos que, muchas veces, han aliviado mi pecho de negras melancolías y de pesares mas negros;

que aunque he visto poco mundo es el mundo como el fuego, que abrasa á quien lo contempla como no mire de lejos.

Sí; los recuerdos de entonces los he conservado frescos, que jamás el hombre olvida, aun á despecho del tiempo, sus primeras emociones y sus ensueños primeros. Mas aquella edad pasó y ya que otra vez nos vemos quiero, antes de separarnos, en un romance de ciego, dedicarte una memoria consagrándote un recuerdo.

Alina, si en este mundo deseas, cual te deseo, llegar tranquila y dichosa de los amores al puerto, escucha mi voz amiga y oye lo que va diciendo:

Niña, para ser amada con el amor de los cielos no es menester que engalanes con ricas galas tu cuerpo, que si tienes corazón sensible, amoroso y tierno, si es tu aspiración lo grande y es lo sublime tu anhelo, si lo bello te estásía y te embelesa lo bueno, si los ajenos pesares en tu alma tienen un eco, amante serás y amada con el amor de los cielos.

Mas si nada de esto sientes, si nada comprendes de esto, ni amante serás, ni amada, aun encantadora siendo: y aun cuando encajes y blondas y aun cuando vestidos régios estrechen, niña, tu talle y adornen, niña, tu seno: porque si no tienes alma nada sentirá tu pecho, que el amor no es de la tierra, y es de tierra nuestro cuerpo, y todo lo que como él es material y terreno nunca es amante, ni amado, con el amor de los cielos.

Pero tú no necesitas, Alina, de estos consejos,

que antes de escribirlos yo
sentidos por tu alma fueron;
por tu alma, que es el trasunto
de lo sublime y lo bueno,
que es pura cual tu mirada,
candorosa cual tu acento,
cual tus sentimientos dulce,
grande cual tu pensamiento.
Y teniendo esa alma tú,
y otras bellezas teniendo,
amante serás y amada
con el amor de los cielos.

VALENTIN TORRECILLA.

AMOR.

En el fondo del alma
tengo grabada,
la imágen de mis sueños,
llámase..... Laura.

Y en mis suspiros,
la envío los recuerdos
de mi delirio.

Una tarde en el valle
junto á la orilla
de un risueño arroyuelo
me hallé una niña.

Y ella al mirarme
una triste mirada
dirigió al valle.

Sin duda es que impaciente
la niña ansía,
la devuelvan las auras
presto su vida.

Pues los amores
su existencia atormentan
con ilusiones.

Por fin al ver mi rostro
cesó la niña
de saludar al viento
con sus desdichas.

Y á su semblante
le robó mil rubores
veloz el aire.

Lleguéme yo á su lado
y en un suspiro
la entregué mi esperanza
para su alivio.

Porque ella un día
la perdió en el momento
de su desdicha.

Y entonces de sus ojos
brotó ligero
un testigo inocente
de sus desvelos.
¡Era una lágrima!
que á devolver venia
mis esperanzas.

A. DE Q. Y G.

LLANTO Y RISA.

Clavel de puro aroma,
flor que se mece al soplo de la brisa,
sol que en Oriente asoma
Es, niña encantadora, tu sonrisa.

Ángel que mira al cielo,
sin que un alivio encuentre en su quebranto,
un amparo en su duelo,
es, niña angelical, tu dulce llanto.

Ahora dí, vida mía,
tu llanto y tu sonrisa contemplando,
¿cuál, á tu parecer, elegiría,
quien, cual yo, con el alma te está amando?

PEDRO AVIAL.

REVISTA DE TEATROS.

Tres obras nuevas y originales, dos de ellas bien recibidas, son una buena cosecha de juicios criticos. Y comenzando por *D. Juan de Serrallonga*, original del señor Balaguer, estrenada en Novedades, diremos que es una obra regular, que tiene buenas situaciones, aunque se abusa como en todas las de su clase, de los tiros y las escenas de *efecto*, y subrayamos la palabra, porque en este caso efecto es sinónimo de cuadro plástico con acompañamiento de fusilería y artillería, gritos, alborotos y golpes de brocha gorda. Sin embargo, la obra es de lo mejor en su género, y en la ejecucion se distingue la Rodríguez. La empresa hace laudables esfuerzos por complacer al público y prepara un drama titulado *Herodes*, que recomendamos á las niñeras para asustar á los chiquillos llorones.

Arrojemos una flor sobre la tumba del *Arte de ser feliz*, muerto á silbidos en el teatro del Circo, (lo que prueba que

no ha sabido aplicarse á sí propio el título) consignemos el largo y merecido aplauso que acogió á la pieza en un acto, *Pobres mujeres*, original del señor Gaspar, que consoló al público del mal rato que le dió ese *Arte* que hizo infeliz á quien lo oyó; y pasemos á tratar del *Mundo por dentro*, estrenado en el teatro del Principe. Esta obra, original del señor Rico y Amat, es una comedia de costumbres contemporáneas. Su objeto, que es, segun el título, presentar el *Mundo por dentro*, no puede decirse que sea muy nuevo ni que lo realice la comedia. ¡Cuántas veces se ha presentado el mundo por dentro, y lo que se ha visto es lo que el señor Rico presenta; mezquindad, tontería y ridiculez! El señor Rico, en vez de presentarlo por su lado terrible y de apelar á las deshonras, las seducciones, los suicidios, etc., lo ha tomado por su lado ridiculo y ha hecho una comedia de costumbres, que entretiene agradablemente. Faltándonos espacio para referir detenidamente su argumento, daremos de él una ligera idea. Un jóven de talento, pero pobre, desea casarse con una señorita rica, á quien ama, y naturalmente no puede conseguirlo. Cifra su última esperanza en la herencia que le deja un tío suyo cesante, que pasaba por un miserable. Pero ¡cuál es su asombro cuando en vez de acciones ó billetes de banco, encuentra un manuscrito titulado: *Arte de cocina social y político, ó coleccion de recetas para vivir en el siglo XIX!* Por mera curiosidad, ojea el libro, y en él encuentra el arte de casarse con una jóven rica, que consiste en adular á sus parientes, y contemporizar con sus manías. En efecto, lo pone en práctica; ella tiene tres tios y un hermano, y adulando las manías politicomanas de uno de ellos, imbécil aspirante á hombre público; haciéndose cofrade de San Bruno, para halagar la devocion del otro; escuchando con paciencia las elucubraciones de una poetisa, que se enamora de él ciegamente; y calándose el gorro frigio para halagar al hermano, que es un demagogo del género tonto, consigue

por fin el logro de sus deseos. El argumento, pues, da lugar á situaciones cómicas, y hubiera sido una obra buena sin un fingido rapto de la jóven amante de Ricardo (que es el nombre del que ansia casarse y para conseguirlo, representa tantos papeles) un rapto, repetimos, ideado en un momento de celos por la poetisa, precipitado y absurdo, que no se justifica, y que produce un desenlace violento é inverosímil y constituye el principal defecto de la obra, que tiene tambien el de ser estremadamente larga. Fuera de estos defectos, los caractéres están bien desarrollados y sostenidos; las situaciones son sobremanera cómicas, especialmente los finales de los actos primero y segundo aunque este peca de inverosímil, el tío diputado y aspirante á ministro, es un tipo graciosísimo, admirablemente caracterizado por el señor Fernandez, el diálogo es vivo, animado y salpicado de chistes oportunos y picantes, especialmente los que censuran algunas costumbres parlamentarias; la versificación es natural y correcta; y la ejecución perfecta por parte de las señoras Alvarez y Zapatero, de los hermanos Catalina y de los señores Pizarroso y Fernandez.

En la Zarzuela y en Variedades continúan las piezas del antiguo repertorio.

MANUEL DE LA REVILLA.

ADVERTENCIA.

Por causas ajenas á nuestra voluntad, habrán recibido nuestros suscritores con retraso el número anterior. Les rogamos que nos dispensen, seguros de que en adelante haremos cuanto sea posible para que esta falta no se repita.

El secretario de la Redaccion, A. de Q. y GUEDEA.

Editor responsable, FELIPE LASARTE.

IMPRESA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA, Cervantes, 47, pral.